

que, de un momento á otro, entrara por ellos un ejército de hambrientos á saquear la casa.

Después de los huevos con trufas, sirvieron truchas de río. La conversación versaba entonces sobre la crisis industrial, cada vez más acentuada desde hacía dieciocho meses.

—Esto tenía que suceder fatalmente—aseguraba el señor Deneulín,—porque la exagerada prosperidad de estos años últimos lo traía como consecuencia inevitable... Pensad un poco en los enormes capitales amortizados en los ferrocarriles, en los puertos y canales construídos, en todo el dinero empleado en arriesgadas empresas. Aquí mismo se han establecido tantas fábricas de azúcar, que no parece sino que íbamos á coger tres cosechas de remolacha todos los años... Y ¡es claro! Hoy el dinero escasea, porque es necesario esperar á que se indemnicen del interés de los millones que se han gastado: la consecuencia de todo eso es el apuro en que nos hallamos y la muerte de todo género de negocios.

El señor Hennebeau combatió aquella teoría; pero tuvo que convenir en que los años prósperos habían echado á perder á los obreros.

—Yo me acuerdo de que esos muchachos ganaban en las minas hasta seis francos diarios, el doble de lo que sacan ahora. Naturalmente, vivían bien, é iban adquiriendo hábitos de lujo... Hoy se les hace más cuesta arriba sujetarse á su frugalidad de antes.

—Señor Gregoire—decía la señora de la casa,—¿os sirvo más de estas truchas?... Son muy finas, ¿no es verdad?

El director continuó diciendo:

—Pero pregunto yo: ¿tenemos nosotros la culpa? No parece sino que á nuestra vez no sufrimos las mismas consecuencias... Desde que han empezado á cerrarse fábricas y más fábricas, no sabemos cómo deshacernos de las considerables existencias almacenadas; y ahora, ante el descenso constante de pedidos, tenemos por fuerza que disminuir los gastos de explotación... Eso es lo que los obreros no quieren comprender.

Hubo un momento de silencio. El criado puso en la mesa una fuente de perdices asadas, mientras la doncella escanciaba vino Chambertin en las copas de los comensales.

—Hay hambre en la India—replicó Deneulín á media voz y como si hablase consigo mismo;—la América, al disminuir sus pedidos de hierro, ha dado un golpe mortal á nuestras fábricas. Como esto es una cadena, cualquier crisis, por lejana que sea, hace resentirse á todo el mundo. ¡Y el Imperio, que estaba tan orgulloso con esta fiebre industrial que se había apoderado de nosotros!

Arremetió con la parte de perdiz que le habían puesto en el plato, y continuó luego:

—Lo peor es, que, para disminuir los gastos de explotación, sería necesario producir más; porque, de lo contrario, la baja se ensaña con los jornales,

y el obrero tiene razón cuando dice que él es quien paga los vidrios rotos.

Aquella confesión, arrancada á su franqueza característica, dió pie á un animado debate. Las señoras se aburrían. Todos, por otra parte, se ocupaban con verdadero ardor en despachar lo que tenían en el plato. El criado entró nuevamente en el comedor; quiso hablar, pero titubeó un poco, y acabó por no decir nada.

—¿Qué sucede?—preguntó el señor Hennebeau.—Si han traído algún telegrama, dádme... Estoy esperando varios.

—No, señor; es que está ahí el señor Dansaert... Pero teme molestar.

El director pidió permiso á sus convidados, y mandó que entrase el capataz mayor. Éste se quedó en pie, á respetuosa distancia de la mesa, mientras todos se volvían á mirarle, deseosos de saber las noticias que de seguro llevaba. Los barrios de los obreros continuaban tranquilos; pero era cosa decidida que iba á llegar una comisión de trabajadores. Quizá antes de cinco minutos estuviese allí.

—Está bien; gracias—dijo el señor Hennebeau.—Quiero que por mañana y tarde me deis parte de lo que ocurra todos los días.

Y cuando Dansaert se hubo marchado, comenzaron de nuevo las risas, mientras se abalanzaban á la ensalada rusa, diciendo que precisaba apresurarse, si querían acabar de almorzar. Pero la alegría llegó á su colmo cuando, habiendo pedido Negrel

un poco de pan, la doncella contestó un *estó muy bien*, dicho en voz tan baja y con tanto miedo, que no parecía sino que la muchacha se veía ya entre las garras de una partida de malhechores que fueran á matarla.

—Hablad más alto, hija mía—dijo sonriendo la señora de Hennebeau;—porque todavía no están aquí.

El director, á quien acababan de entregar un abultado paquete de cartas y telegramas, quiso leer en voz alta una de aquéllas. Era de Pierron, y en ella decía, en frases respetuosas, que se veía obligado á declararse en huelga con todos sus compañeros para que no le maltrataran; y añadía que, además, no había podido negarse á formar parte de la comisión que iba á visitar al señor director, si bien protestaba contra semejante acto.

—¡Esta es la libertad del trabajo!—exclamó el señor Hennebeau.

Volvióse á hablar de la huelga, y le preguntaron su opinión.

—¡Oh!—contestó.—Ya hemos visto otras muchas... Cuestión de una semana, ó, cuando más, de una quincena de pereza, como sucedió la última vez. Pasarán el día visitando las tabernas, y cuando tengan hambre volverán á las minas.

Deneulín volvió la cabeza, diciendo:

—Yo no estoy tan tranquilo... Esta vez parece que están mejor organizados. ¿No tienen también una Caja de Socorros?

—Sí; pero apenas cuentan con tres mil francos. ¿Qué queréis que hagan con eso?... Sospecho que el jefe es un tal Esteban: un buen obrero, á quien sentiría tener que echar á la calle, como hice en cierta ocasión con un tal Rasseneur, que todavía continúa echándome á perder á los mineros de *La Voreux* con sus ideas revolucionarias y con su cerveza. Dentro de diez días la mitad de la gente estará trabajando, y, á lo sumo, dentro de quince días harán lo mismo todos los demás.

El señor Hennebeau estaba convencido. Su disgusto consistía en el temor de que el Consejo de Administración le hiciese responsable de la huelga. Hacía algún tiempo que se sentía con menos ascendiente sobre sus jefes. Así es, que, dejando en el plato la cucharada de ensalada rusa que se llevaba á la boca, volvió á leer los telegramas recibidos de París, contestación á otros suyos, y cada una de las palabras de los cuales quería descifrar, como si tuviesen doble sentido. Todos le perdonaron la lectura, porque el almuerzo iba adquiriendo el carácter de una comida de campamento en visperas de romper el fuego contra el enemigo.

Las señoras se mezclaron también en la conversación. La de Gregoire fué la primera que compadeció á aquellas pobres gentes que iban á pasar hambre, y ya Cecilia echaba sus cuentas para distribuir entre los huelguistas bonos de pan y carne. La señora de Hennebeau, en cambio, se asombraba oyendo hablar de la miseria en que vivían

los mineros de Montson. Pues qué, ¿no eran felices? ¡Aquellas gentes que tenían casa, lumbre y todo género de cuidados prodigados por la Compañía! En su indiferencia hacia aquellos infelices, no sabía de su vida más que la lección que aprendiera de memoria para relatársela á los parisienses que iban á visitarla en los dominios de su marido, y como acabara por creer en ella, se indignaba ante la ingratitud del pueblo.

Negrel, entre tanto, se seguía divirtiendo en asustar á la señora Gregoire. Cecilia no le disgustaba, y quería casarse con ella por complacer también á su tía; pero no hacía cadetadas de ningún género para demostrar su amor, como muchacho práctico de la vida que alardeaba de corazón frío. Pretendía ser republicano, lo cual no obstaba para que tratase á los obreros con una severidad extraordinaria, y se burlara de ellos cuando estaba con señoras.

—Tampoco yo tengo el optimismo de mi tío—dijo, tomando parte en la conversación.—Me temo gravísimos desórdenes... Así es, señor Gregoire, que os aconsejo cerréis bien todos los cerrojos de *La Piolaine*, porque podrían robaros.

Precisamente en aquel momento el señor Gregoire, con la eterna sonrisa bonachona que animaba su semblante, estaba defendiendo á los mineros.

—¡Robarme!—exclamó estupefacto.—¿Y por qué?

—¿No sois accionista de las minas de Montson? No hacéis nada, y vivís del trabajo de los demás. En fin, sois capitalista, y basta. Estad seguro de que si la revolución social triunfase, os obligaría á devolver vuestro dinero, como si lo hubiéseis robado: ¡la propiedad es un robo!

Entonces perdió la bonachona tranquilidad que no le abandonaba nunca, y tartamudeó:

—¡Que mi fortuna es dinero robado! Pues qué, ¿mi bisabuelo no ganó con el sudor de su rostro el capital empleado en acciones de minas? ¿No hemos corrido todos los riesgos de la empresa? ¿Acaso hago yo hoy mal uso de las rentas?

La señora de Hennebeau, alarmada al ver que la madre y la hija tenían miedo también, intervino en la conversación, diciendo:

—No hagáis caso; son bromas de Pablo.

Pero el señor Gregoire estaba fuera de sí. En aquel momento pasaba por su lado el ayuda de cámara con un plato de cangrejos, y sin saber lo que hacía, cogió con la mano dos ó tres y se los metió en la boca, y empezó á comerse las patas.

—¡Ah! No digo yo que no haya accionistas que abusen y se porten mal. Por ejemplo: me han dicho que ha habido personajes que han recibido acciones de las minas en pago de servicios prestados á las Compañías. Ló mismo que ese señorón, ese Duque, á quien no quiero nombrar, el primero de nuestros accionistas, cuya vida es un escándalo de prodigalidad, porque gasta millones en muje-

res, juego, y lujo inútil... ¡Pero nosotros, nosotros, que vivimos modestamente, como honrados burgueses que somos!... ¡Vamos, vamos! Sería necesario que vuestros obreros fuesen gente de la peor ralea para que se metieran conmigo, ni trataran de robarme ni un alfiler.

El mismo Negrel tuvo que tranquilizarle, riéndose al mismo tiempo de su furor. Todos comían cangrejos en aquel momento, y el crujir de los caparazones de los animalillos entre los dientes de los comensales continuaba oyéndose cuando la conversación versó sobre política. El señor Gregoire, todavía tembloroso á pesar de las últimas explicaciones de Pablo, declaraba que era liberal y echaba de menos á Luis Felípe. Deneulín era partidario de un Gobierno fuerte, y estaba disgustado con el Emperador, á quien acusaba de hallarse en la resbaladiza pendiente de las concesiones imprudentes.

—Acordáos del 89—dijo.—La nobleza fué quien hizo posible la revolución por su complicidad, por sus aficiones á las novedades filosóficas. Pues bien: hoy la clase media representa el mismo papel estúpido, con su afán de liberalismo, con su furia de destrucción, con sus halagos al pueblo... Sí, sí; estáis afilándole los dientes al monstruo para que nos devore. ¡Y nos devorará, no lo dudéis!

Las señoras le pidieron que callase, y variaron de conversación, preguntándole por sus hijas. Deneulín tuvo que hablar de ellas: Lucía estaba en

—¿No sois accionista de las minas de Montson? No hacéis nada, y vivís del trabajo de los demás. En fin, sois capitalista, y basta. Estad seguro de que si la revolución social triunfase, os obligaría á devolver vuestro dinero, como si lo hubiéseis robado: ¡la propiedad es un robo!

Entonces perdió la bonachona tranquilidad que no le abandonaba nunca, y tartamudeó:

—¡Que mi fortuna es dinero robado! Pues qué, ¿mi bisabuelo no ganó con el sudor de su rostro el capital empleado en acciones de minas? ¿No hemos corrido todos los riesgos de la empresa? ¿Acaso hago yo hoy mal uso de las rentas?

La señora de Hennebeau, alarmada al ver que la madre y la hija tenían miedo también, intervino en la conversación, diciendo:

—No hagáis caso; son bromas de Pablo.

Pero el señor Gregoire estaba fuera de sí. En aquel momento pasaba por su lado el ayuda de cámara con un plato de cangrejos, y sin saber lo que hacía, cogió con la mano dos ó tres y se los metió en la boca, y empezó á comerse las patas.

—¡Ah! No digo yo que no haya accionistas que abusen y se porten mal. Por ejemplo: me han dicho que ha habido personajes que han recibido acciones de las minas en pago de servicios prestados á las Compañías. Ló mismo que ese señorón, ese Duque, á quien no quiero nombrar, el primero de nuestros accionistas, cuya vida es un escándalo de prodigalidad, porque gasta millones en muje-

res, juego, y lujo inútil... ¡Pero nosotros, nosotros, que vivimos modestamente, como honrados burgueses que somos!... ¡Vamos, vamos! Sería necesario que vuestros obreros fuesen gente de la peor ralea para que se metieran conmigo, ni trataran de robarme ni un alfiler.

El mismo Negrel tuvo que tranquilizarle, riéndose al mismo tiempo de su furor. Todos comían cangrejos en aquel momento, y el crujir de los caparazones de los animalillos entre los dientes de los comensales continuaba oyéndose cuando la conversación versó sobre política. El señor Gregoire, todavía tembloroso á pesar de las últimas explicaciones de Pablo, declaraba que era liberal y echaba de menos á Luis Felipe. Deneulín era partidario de un Gobierno fuerte, y estaba disgustado con el Emperador, á quien acusaba de hallarse en la resbaladiza pendiente de las concesiones imprudentes.

—Acordáos del 89—dijo.—La nobleza fué quien hizo posible la revolución por su complicidad, por sus aficiones á las novedades filosóficas. Pues bien: hoy la clase media representa el mismo papel estúpido, con su afán de liberalismo, con su furia de destrucción, con sus halagos al pueblo... Sí, sí; estáis afilándole los dientes al monstruo para que nos devore. ¡Y nos devorará, no lo dudéis!

Las señoras le pidieron que callase, y variaron de conversación, preguntándole por sus hijas. Deneulín tuvo que hablar de ellas: Lucía estaba en

Marchiennes tocando el piano y cantando en casa de una amiga; Juana había empezado á pintar una cabeza de viejo. Pero decía todo aquello con aire distraído y sin separar la vista del director, que continuaba absorto en la lectura de los telegramas y sin cuidarse de sus convidados. Comprendía que en aquellas hojas de papel, procedentes de París, iba la voluntad de los Consejeros de Administración que habían de decidir de la huelga con las resoluciones que tomaran. Así es, que no pudo menos de volver en seguida al asunto que le preocupaba.

—¿Qué vais á hacer por fin?—preguntó de repente.

El señor Hennebeau se estremeció, y salió del paso con una frase vaga:

—Veremos.

—Indudablemente vosotros sois ricos, y podéis esperar—dijo Deneulín, hablando consigo mismo.— Pero á mí me matan si la huelga llega á Vendome. Por más que he restaurado *Juan Bart*, no puedo salir adelante como no sea con una producción incesante. ¡Ah! Os aseguro que estoy lucido.

Aquella confesión involuntaria pareció hacer efecto en Hennebeau. Escuchaba, y formaba su plan para sus adentros: en caso de que la huelga se formalizase, ¿por qué no utilizarla, dejando que se arruinase el vecino, para luego comprarle la mina por una bicoca? Era el medio más eficaz para reconquistar el favor de la Compañía de Montson,

que hacía muchos años soñaba con la adquisición de Vendome.

—Si tan mal os va con *Juan Bart*—dijo sonriendo,—¿por qué no la vendéis?

Pero Deneulín, que lamentaba haberse quejado, exclamó con energía:

—¡Jamás! ¡En mi vida!

Todos se echaron á reir al verle tan enfadado, y al fin se dejó de hablar de la huelga cuando sirvieron los postres. Un plato de merengue riquísimo valió muchos aplausos á la cocinera. Las señoras charlaban entre sí, discutiendo sobre una receta para hacer el dulce de batata, que también estaba muy bueno. Queso y frutas, pasas, peras é higos acabaron de determinar en todos el abandono propio del final de un almuerzo exquisito y abundante. Todos hablaban al mismo tiempo, mientras el criado servía vino del Rhin, en sustitución del Champagne, que fué declarado cursi por unanimidad.

Y la boda de Pablo y de Cecilia adelantó mucho hacia su realización en medio de aquel movimiento de simpatía propio de la hora de los postres. Su tía le había dirigido miradas tan significativas, que el joven se mostraba muy obsequioso y galante, procurando tranquilizar á los Gregoire y borrar de su ánimo el efecto de aquellas historias de robo y de saqueo. Durante un momento, el señor Hennebeau, que había observado aquellas miradas de inteligencia entre su mujer y su sobrino, tuvo nuevas sos-

pechas; pero la consideración de que se estaba tratando de casar á éste, le tranquilizó por completo.

Acababa Hipólito de servir el café, cuando entró la doncella en el comedor, pálida como una muerta.

—¡Señor, señor; ya están aquí!

Era la comisión de obreros. Oyóse el ruido de la puerta de la calle, y una conmoción de espanto se apoderó de toda la casa.

—¡Que entren en el salón!—dijo el señor Hennebeau.

Los convidados se habían mirado unos á otros, sin saber qué hacer ni qué decir. Reinaba entre ellos el más profundo silencio. Luego quisieron volver á bromear: empezaron á guardarse los terrones de azúcar y á decir que era preciso meterse los cubiertos en el bolsillo. Pero como el director permaneciera serio y en ademán severo, las risas cesaron; ya no se hablaba, se cuchicheaba, mientras las pesadas botas de los mineros, que entraban en el salón contiguo, hollaban las ricas alfombras del hotel.

La señora de Hennebeau dijo á su marido, bajando la voz:

—Supongo que tomarás el café.

—Es claro—contestó él.—Que esperen.

Estaba nervioso, y ponía atento oído á todos los ruidos, fingiendo no ocuparse más que de la taza que tenía delante.

Pablo y Cecilia acababan de levantarse, y miraban por el agujero de la cerradura. Los dos con-

tenían la risa, y se hablaban al oído muy quedito.

—¿Los veis?

—Sí... Veo á uno gordo, con otros dos más bajos que están detrás de él.

—¿Eh? ¡Qué tipos tan feos!

—No, por cierto; son muy agradables.

De pronto, el señor Hennebeau se levantó de la silla, diciendo que el café estaba muy caliente, y que lo tomaría después. Al salir se llevó un dedo á los labios, como para recomendar la mayor prudencia. Todos se habían vuelto á sentar, y siguieron en la mesa, silenciosos, sin atreverse á hacer el menor movimiento, escuchando con cuidado para atrapar alguna palabra de lo que se iba á decir en el salón.

